

que movió la cabeza con aflicción, y me contestó con la suavidad de quien ha tomado una resolución inquebrantable: «No, todo ha concluído entre los dos.» Entonces no me quedaba ya sino preguntarle qué pensaba hacer una vez restablecida, á lo que me respondió que nada había resuelto aún. Ofrecíla acompañarla al campo, para que respirase aires sanos; y si continúa la mejoría, las dos partiremos juntas dentro de dos semanas.

Ahora pregunto: ¿Jorge, que todos los días va á preguntar por la enferma, y á la cual pide perdón, ama todavía lo bastante á Isabel para perseguirla hasta que ella lo perdone? ¿no obedece pura y simplemente á remordimientos sin perseverancia, que se apagarán con la enfermedad? Temo que esta última suposición sea la más verosímil. El amor de Isabel tiene una contra muy grande, y es que cuenta diez años de existencia y quizá ha pasado, para aquel de que tal amor es objeto, al estado de simple hábito que únicamente la delicadeza y la compasión podrían anudar en caso de reconciliación. Y con franqueza, no son, éstos, lazos bastante fuertes para subyugar otra vez á un corazón para el cual tales relaciones no tienen ya nada nuevo que ofrecer á un alma que ha perdido la confianza y á la que siempre asistirá el derecho á dudar. Una usted á lo expuesto el influjo de la familia, que no podrá menos que intervenir con sus consejos, y el atractivo de la libertad, que tan poderosamente obra en el espíritu del hombre, aun en los momentos en que éste no sabe qué hacer de su libertad. A do quiera me vuelvo, no vislumbro nada bueno para Isabel. En verdad, el amor es negocio muy triste.

Jaime no contestó; aquel relato le había puesto imaginativo, y le indujo á pensar si también él, tarde ó temprano, engañaría á la mujer por quien en aquel instante habría sacrificado su existencia.

XIII

Entretanto, la historia de la señorita de Norcy, por muy triste que para ésta fuese, había tenido un lado bueno para los dos interlocutores, y era que ocupando sus espíritus en emociones extrañas á ellos, les había distraído de recuerdos personales que, de lo contrario, no habrían dejado de impor-

tunarles, y que ahora, aminorados al contacto de una pasión verdadera, á los dos les parecían muy insignificantes y demasiado lejanos para que valiesen la molestia de traerlos á la mente. En efecto, después de haber hablado de aquel amor violento y casi mortal, Jaime y Carlota se hubieran visto en un aprieto para discurrir formalmente sobre el suyo, cuya muerte sin convulsiones les dejara sanos á ambos, y sobre la tumba del cual podían tratar, tranquilamente sentados, de sus nuevas impresiones.

En último resultado, lo que Jaime deseaba era quedar amigo de Carlota. Había roto con ella, sí, pero espontáneamente, y como amaba con pasión á otra mujer, no tenía para qué ver con malos ojos el que aquélla se hubiese consolado por los medios que ofrece perennemente el acaso á una mujer joven y hermosa. Así es que creyó poder pasar sin transición, de la historia de Isabel al asunto que le condujo á casa de su antigua amante.

—Veamos ahora, mi querida amiga, dijo Jaime á Carlota, qué favor desea usted prestarme.

—Antes, y para concluir de una vez con lo pasado, respondió la de Wine, permítame usted que le diga que le amé á usted de todas veras.

—Lo creo, repuso Jaime sonriéndose.

—Y como usted hubiese querido, continuó Carlota sin desconcertarse por aquella sonrisa un si es no es incrédula, lo cual es patente prueba de que hablaba con sinceridad; como usted hubiese querido, le habría amado á usted mucho más.

—Lo mismo digo, mi querida Carlota.

—Hace usted mal en chancearse.

—Le aseguro á usted que no me chancoo, replicó Jaime con cierta gravedad; lo que acabo de decirle á usted se lo he dicho más de una vez á Isabel al hablar de usted con ella; y pues no es posible que nuevamente volvamos á vernos sin discurrir por última vez sobre lo pasado, ¿me permite usted que en dos palabras le haga yo mi confesión?

—Sí.

—¿No se ofenderá usted?

—Se lo prometo.

—Pues bien, mi querida amiga, si hubiese sido usted sincera conmigo, entre nosotros todo habría continuado lo mismo.

—¿No lo fuí acaso?

—No. Puede que yo no posea más que una cualidad, pero la poseo, y es la franqueza. Y aquí encaja el decir que durante mi vida he reparado que siempre, siempre, siempre el decir la verdad es lo más cómodo y honroso; y aun soy de parecer que es el recurso que puede emplear con más buen éxito el hombre que se proponga engañar á los demás. Por otra parte, comprendo que ciertas mujeres crean indispensable el recurrir á la mentira, por ejemplo, ante el marido, á quien la confesión de la verdad daría derechos peligrosos, ó ante un amante vulgar cuyo amor propio no sabría apreciarla en lo que vale; pero cuando la mujer trata con un hombre inteligente y leal, siempre puede decirlo, máxime cuando se refiere á un pasado que ya no pertenece al uno ni al otro. La mujer que ama, anhela que el hombre de quien quiere ser amada la estime, y se esfuerza en presentarsele todo lo pura posible en todas las circunstancias de su vida. Admitido; pero la mujer no necesita para eso levantar penosamente una historia que á lo mejor va á derrumbarse, y cuyos despojos sepultarán á la vez el amor y la estimación de su amante. Cuando la conocí á usted, cuando tuve sobre usted algunos derechos, ¿la interrogué una sola vez respecto de su estado y de sus antecedentes? ¿Le exigí á usted que me jurara que yo era su primer amante, y otras necesidades de este jaez? No. El último amante de una mujer es siempre el primero que ella ha tenido; esto ya se sabe de antemano. Aparte de nuestra mutua voluntad, de nuestra mutua simpatía, no nos unía ninguna razón; á usted le bastaba con dejarse amar, y yo no buscaba sino amarla. El día en que yo hubiese sabido la verdad y de resultas yo le hubiese dirigido reproches, lo cual habría sido muy injusto, ya que lo pasado de usted no me atañe, usted pudiera haberme contestado, con sobradísima razón, que como respecto del particular nada me había dicho usted, mal pudo haber mentido. Pero no, usted se empeñó en contarme toda su vida en sus más mínimos ápices, y de semejante relato resultaba que usted era viuda, y dueña de una fortuna independiente, y que, fuera del matrimonio, no había pertenecido más que á mí. Como esto podía ser verdad, y de ello no tenía yo pruebas en contra, ni las buscaba, di crédito á lo que usted me dijo, ya que no me asistía razón alguna para creer lo contrario. Mas llegó día en que de buena tinta supe que usted nunca había estado casada; que por espacio de cinco ó

seis años había vivido usted en el extranjero con gran fausto á pesar de ser usted pobre, y por último, que inspiró usted una pasión profunda á un inglés riquísimo, que pasa fuera de Francia nueve de los doce meses del año, y que dando por buenas las palabras de usted, la tiene á usted por viuda. También supe que desde aquel momento sintió usted una ambición laudable: trató usted de olvidar las necesidades por las que hiciera pasar á su corazón la falta de dinero, y en su afán por ascender un escalón de la escala social, se dedicó usted al estudio, y aprendió; supe también que, transformada, cambió usted de nombre, de fisonomía, de hábitos, y que, por fin, consiguió usted un resultado á que no llegan sino muy pocas mujeres encumbradas. Lejos de mí el afearla esa labor misteriosa y perseverante de su voluntad, Carlota; únicamente los grandes caracteres tienden á sobresalir de la condición en que inadvertidamente, por decirlo así, les ha colocado el destino; y como al hacer usted esta tentativa no sustentaba usted ningún mal designio, es satisfactorio que se haya usted salido con la suya, por más que en los comienzos haya usted debido temer, á cada instante, que una indiscreción del indiscretísimo acaso derribara de un soplo el edificio por usted levantado. En una palabra, yo la conocí á usted entre gente de cuenta, y es usted lo que llaman mujer de mundo, y, sin embargo, aunque sin sospechar la verdad, notaba yo en usted algo discordante. No la ofenda lo que voy á decirle: presentía que no era usted una individualidad completa; le faltaba á usted... no sé qué, quizá la confianza en usted misma. Cierta tiesura propia de la mujer que está siempre pronta á emprender una lucha probable, cohibía un tanto todas sus acciones. Yo era el amante de usted, y, con todo eso, no tenía con usted toda la intimidad moral del amor; había un obstáculo inexplicable que yo no lograba salvar y tras el cual se ocultaba la verdadera personalidad de usted. Me preció de honrado, y, por lo tanto, moriría conmigo cualquier secreto que me confiaran; yo deseaba amarla á usted, me placía ser su amante; á usted, pues, correspondía adivinarlo y decirme la verdad monda. Entonces, despejada para mí la incógnita, hubiera consentido que usted hubiese sido para la sociedad lo que quería ser, y me habría reservado para mí á la mujer verdadera, original, no fingida, á la mujer en quien mi corazón y mi espíritu hubieran hallado lo que bus-

caban; y la habría amado á usted de veras, sin pensar en otra mujer que en usted, y aun admirado su fuerza de voluntad, y ayudádola con todas las mías á convertirla en una mujer superior. Pero usted no lo comprendió así, sino que al par que me tomó por amante, me veló siempre la verdad, y esto me humilló el día que la supe. Las mentiras que usted me dijera destruyeron á mis ojos toda la dignidad de su amor, Carlota, y casi me dieron derecho á no ver en usted más que una aventurera afortunada. Desde aquel momento me fué ya imposible tomarla á usted por lo serio absolutamente en nada, y conocí que nunca podría amarla. Sin embargo, no dije palabra de cuanto acababan de manifestarme á persona alguna, ni aun á la señorita de Norcy, que respecto de usted está en el error que todos, ni á usted misma, pero jugué con iguales cartas que usted, y me reservé esta puerta falsa para escaparme cuando bien me pareciere. He aquí por qué rompí con tanta facilidad. Añada usted á eso, que el acaso había puesto en mi camino á una mujer de carácter diametralmente opuesto al de usted, y en la cual hallé las cualidades que á usted le faltaban: la familiaridad y la franqueza. Seré sincero hasta el fin. Comprendí claramente que iba á amar á aquella mujer, y le confieso á usted que me asusté, porque aquel amor encerraba muchos peligros para mí. Entonces intenté una cosa extraña, que tiene usted bastante talento para comprender y que me agradecerá usted al ver en ella la última prueba de amor que yo podía darle; pues si, intenté encarnar en usted todas las cualidades simpáticas que hacia aquella mujer me atraían. De ahí los disgustillos que tuvimos usted y yo, disgustillos de los que no acertaba usted á explicarse la causa, y que á menudo arrancaban de los más fútiles pretextos: de un sombrero, por ejemplo, de un vestido ó de un adorno. Usted, herida en su orgullo, como no podía menos de suceder, empezó á desalentarse; y luego vinieron la historia del ramo, nuestro rompimiento, las nuevas relaciones de usted y mis nuevos hábitos. Usted y yo pudiéramos haber sido dichosos; siento que no lo hayamos sido. Me place haberle dado á usted esta explicación, imposible durante las primeras sacudidas de nuestro rompimiento; ahora, un apretón de manos, y seamos buenos amigos.

Carlota tendió la mano á Jaime y permaneció silenciosa por espacio de algunos segundos; y es que durante la con-

fesión de su amante sintió mortificado más de una vez su amor propio, y no sabía claramente si le escocía el que aquél hubiese usado de tanta franqueza con ella.

—Ea, dijo por fin la de Wine, yo soy la culpada, no se hable más de ello; ahora me corresponde á mí el demostrar á usted que soy su amiga.

Carlota se fué á su dormitorio, y á poco reapareció trayendo en la mano un paquetito de cartas.

—También yo, prosiguió la antigua amante de Jaime, tengo que hacerle á usted mi confesión. Le soy á usted franca; al principio de nuestro rompimiento quise vengarme de la mujer á quien me había usted sacrificado; porque si yo no sabía amarle á usted como era debido, no por eso le amaba menos, ni su abandono debía serme menos doloroso. Entonces utilicé el conocimiento de Vladimiro, que no le ha presentado á usted á la duquesa más que para desviarle á usted de mí, hacerme sabedora de que usted me estaba engañando, y aprovecharse de mi despecho para suplantarle á usted en mi corazón. Pues sí, Vladimiro me hizo el favor de enamorarse de mí; á lo menos así lo decía él, y yo me serví de ese amor, real ó fingido—supongo que lo último, como todo lo que de tal sujeto dimana,—para ilustrarme respecto de la duquesa y hacerme dar estas cartas, de las que sólo una ha salido de mis manos para pasar á las de un amigo de la prima, y que yo había enviado del mismo modo que un general á un tirador, para explorar el terreno y anunciar el combate. Entre estas cartas las hay de mucho tiempo atrás, continuó Carlota, indudablemente con segunda intención, y atañen á otra persona que á usted.

Jaime no pestañeó, como si las últimas palabras proferidas por su interlocutora no tuvieran importancia alguna.

—Vladimiro, prosiguió Carlota, había guardado estas cartas con la previsión rusa que sabe que tarde ó temprano todas las cosas pueden servir; pero no las tenía en Francia, sino en su tierra, adonde escribió para que se las remitieran. Como esto era lo que yo deseaba de él; como, al fin y al cabo, era para mí despreciable el hombre que tal uso hacia de la confianza de una mujer, una vez en mis manos estas cartas, cerré mi puerta y mi amor á Vladimiro, en quien, desde entonces, me creé un enemigo, como de ello he adquirido recientemente la prueba. Es indudable que ese ruso no perderá ripio para dañarme, pues sabe lo que yo prefiriera que

ignorase; pero tanto da. Las cartas estas las he leído todas, y por ellas he visto que esa mujer, si me ha causado mal ha sido indirectamente, pues no me conoce. La duquesa le ama á usted, lo cual no puedo acriminarle yo, que también le he amado. Yo no soy mala, ya lo sabe usted; por lo tanto, después de madura reflexión he resuelto no servirle, no hacer uso del arma que en mis manos tenía, más que para entregársela á usted, y, al darle esa prueba de amistad, hacer cesar la frialdad que existe entre nosotros dos. Tome usted estas cartas; por este lado nada tiene que temer la duquesa.

—Gracias, le estoy á usted agradecidísimo, dijo Jaime tomando el paquetito que le tendió Carlota.

La cual era evidente que aun tenía que decir algo más; pero Jaime, que sin duda lo presintió, se dispuso á marcharse; y es que tan buen punto tuvo en su poder las cartas, algunas de las cuales se referían á otro amor que al suyo, se sentía mal allí y no veía la hora de salirse para leer aquella correspondencia, y por comparación juzgar quién había sido más amado, él ó el otro.

—¿Me autoriza usted para que le dé un consejo? preguntó Carlota á Jaime al dar éste el primer paso para retirarse y reteniéndole suavemente, no sin antes titubear.

—Hable usted.

—¿Ama usted á esa mujer?

—Con toda el alma, y así debe ser cuando ese amor me ha apartado de usted. ¿Por qué me dirige usted tal pregunta, mi querida Carlota? profirió Jaime, que comprendió que iba á verse obligado á sostener una postrera lucha con el herido orgullo de su antigua amante.

—Pues no lea usted esas cartas.

—¿Por qué?

—Porque amante como es usted de la franqueza, le retornaría á usted el saber por ellas lo que, por sincera que sea, la duquesa no se lo ha dicho usted, de seguro.

—Se equivoca usted, Carlota, replicó Jaime esforzándose en señorear su emoción; conozco de pe á pa la vida de la duquesa. Mire usted, iba á llevarle estas cartas, que, en efecto, no necesito leer, pues sé lo que contienen. No ignoro absolutamente nada de sus relaciones con la persona de quien hablan estas cartas.

Mientras hablaba de esta suerte, Jaime parecía como que quisiese escudriñar el pensamiento de Carlota; para él se

trataba, á la vez que de no hacer un papel ridículo á los ojos de su antigua amante, que quizás estaba más al cabo que no él, de no admitir que Anita pudiese haberle engañado, de desviar de ella toda sospecha, y de conocer la verdad.

—Entonces, continuó Carlota, le consta á usted que la duquesa amó profundamente al hombre de quien hablan esas cartas.

—Sí.

—¡Ah! ¿y también sabe usted que se lo demostró hasta donde es posible?

—También.

—Entonces, hace usted bien en devolverle estas cartas sin leerlas.

—Ni esto necesito hacer; muerto el hombre ese, murió todo; desaparezcan, pues, estas cartas.

Dichas estas palabras, Jaime arrojó al fuego el paquete que tenía en la mano, mientras decía entre sí: «¡Más vale dudar!», pero la verdad es que sentía el pecho grandemente oprimido.

Carlota hizo involuntariamente un ademán como para impedir que Jaime destruyera aquellas cartas que ella se esforzaba en hacer valer como pruebas, pero se dominó, y dijo con despecho casi doloroso:

—Realmente ama usted á esa mujer. Adiós, amigo mío, sea usted dichoso.

Carlota entró en su dormitorio para ocultar á Jaime las lágrimas que bregaban por saltarle de los ojos, y una vez á solas dió rienda al llanto, sin que pudiese asignar á éste su causa verdadera, pero que no por esto dejaba de ser llanto. «Ea, soy una loca de atar», dijo entre sí aquella después de un cuarto de hora y enjugándose las lágrimas. Y dando un campanillazo, ordenó que engancharan, para aprovechar lo esplendoroso del día y pasearse entre gentes que dirían al verla pasar: «¡Vaya una mujer hermosa!»

En cuanto á Jaime, aquella entrevista le había puesto cuidadoso. Estaba satisfecho de haber arrojado al fuego las cartas, y lo deploraba; compláciale el continuar alimentando la duda, y querría haber palpado la realidad; estaba orgulloso de haber tácitamente probado su confianza en la duquesa, y su confianza vacilaba.

—No, Anita no me ha engañado, decía para sí mi amigo,

nunca ha sido la amante de ese hombre ni de otro alguno. Pero ¿por qué insistía de tal suerte Carlota en que yo leyera aquellas cartas? ¿Por qué, para ahorrarme el leerlas, casi he aceptado que Anita había tenido un amante? ¡Y qué importa, si no lo ha tenido! Bien, sí; pero, en ciertos casos, la sospecha equivale á la realidad. Puede que aquellas cartas no encerrasen prueba alguna, y que Carlota, como vulgarmente se dice, ha dicho mentira para sacar verdad. Sin embargo, parecía estar muy segura de lo que decía. Nada, es preciso saber lo que realmente hay. Pero ¿cómo si ahora las cartas están destruidas? Además, ¿qué me aprovecharía saber la verdad, si en nada modificaría lo que es? Admitiendo que Anita haya sido la amante de otro hombre, ¿puede por eso amarme menos? No. Entonces ¿por qué no me lo ha dicho todo? Díjome, sí, que le había amado; pero esto no es lo mismo. Mas, ¿por acaso hay mujer que confiese haber pertenecido á un hombre cuando puede negarlo, cuando teme que tal declaración puede menoscabar su nuevo amor? Por otra parte, ¿qué prueba que le haya pertenecido? Aquellas cartas lo hubieran probado, pero ya no existen. ¡Bah! no pensemos más en esto; pero lo cierto es que no puedo quitármelo de la cabeza. Esta noche veré á la duquesa, y mientras estemos los dos conversando sobre cualquiera materia, la estudiaré y adivinaré lo que quiero saber; ó le diré con toda franqueza lo que ha pasado, y si se turba, si titubea, si se amedrenta... Esto es; es lo mejor que puedo hacer. ¡Anita es tan sincera!

XIV

Hablando consigo mismo de esta suerte, Jaime llegó á mi casa, é inmediatamente eché de ver su preocupación. Ya, ya sospechaba yo que su nueva vida tropezaría en alguna catástrofe.

—¿Qué te pasa? le pregunté.

De buenas á primeras no me lo dijo, pero acabó por hacerme sabedor de lo que expuesto dejó en el anterior capítulo y de las dudas que se le habían sugerido.

—Estás ligado á esta historia de tal suerte, me dijo entonces, que no quiero ocultarte nada de ella. Vamos á ver, ¿qué juicio formas de lo que te he contado?

—¿Me preguntas mi parecer sincero?

—Sí, me respondió Jaime con acento que me demostraba que ya se arrepentía de haberme dicho cosa alguna.

—Pues bien, ¿qué te importa que la duquesa haya ó no haya sido la amante de ese joven, que lo era mucho, y que tal vez no supo ni hallar la ocasión ni tener la audacia de poseerla por completo? Y en definitiva, ¿no le amaba? pues lo demás no es sino un detalle; todos sabemos perfectamente qué quiere decir la palabra *amar*; y, por mi parte, si una mujer me dijera: «He amado á Fulano», ni siquiera le preguntaría si el tal fué su amante, pues á mi modo de ver, esto se sobreentiende.

—Pero yo se lo he preguntado y ella me ha jurado que no.

—Debes creerlo.

—¡Es que Carlota parecía estar tan segura de lo que decía!

—Tú sabrás á quién te interesa más creer, si á Carlota ó á la duquesa.

—Bien, sí; pero ¿cuál es tu convicción?

—¿Mi convicción?

—Sí.

—Mi convicción es que si la duquesa no ha sido la amante del hombre á quien amaba, débese á que las circunstancias, y únicamente las circunstancias, lo impidieron. Ahora bien, teniendo la intención el valor del acto, por mí Anita ha sido amante del otro, y á menos de que seas un necio, no debes agradecer á la duquesa una resistencia forzosa, como tampoco vituperarla por un abandono casi inevitable. En cuanto á la verdad, te reto á que la sepas. La duquesa se encerrará perennemente en su negativa, y en su afirmativa Carlota; y aun cuando esta última te declarase que las cartas de marras no incluían prueba alguna, y te lo jurara por esto y por lo otro, tu amor propio lo creería por un instante, pero tu razón continuaría dudando, con el aditamento de que supondrías que ella te trata como niño y está haciendo burla de ti.

Otra cosa más sencilla podía haber yo dicho á Jaime, pero atendido un amor como el suyo, tan delicado y, por consiguiente, tan sensible, era un tanto embarazoso; y lo que podía haberle dicho yo, era esto: »¿A qué tales preguntas, dudas y suposiciones? ¿No te dijo la duquesa que su pri-

mer amor había permanecido en el estado inmaterial y que nunca perteneció al hombre que se lo inspirara? Además ¿Anita no te afirmó que el duque nunca fué ni puede ser su marido más que nominalmente? ¿No te juró que nunca había tenido amante alguno? Pues bien, tú, que eres el cuyo debes saber á qué atenerte sobre el particular.»

Era un dilema demasiado infranqueable para que me fuese permitido plantearlo tan descarnadamente, aun tratándose de un amigo mío tan íntimo como lo era Jaime. Por mi parte, yo no creo en la paradoja de una mujer casada que ha amado á otro hombre que á su marido, y llega, virgen de cuerpo, al segundo hombre á quien ama. Estas son cosas que, de tiempo en tiempo, quizá las mujeres hacen bien en decirlo, pero que nosotros no estamos obligados á creer. Para que nos lo tragáramos sería menester que aquéllas nunca perteneciesen á aquel á quien cuentan tales sucesos. Quizás había, pues, en la duda de Jaime el recuerdo positivo de una realidad convincente, realidad que él era probable se hubiese complacido en velarse á sí mismo en los primeros raptos de su dicha; de lo contrario, lo habría afirmado con la autoridad de un santo Tomás que ha visto y no tiene más remedio que creer. Sin embargo, como dicen que la mujer es un abismo del que nunca se conocerá el fondo, un enigma del que nunca se poseerá la clave, aunque Jaime hubiese tenido la prueba física de que la duquesa había mentido, ésta no hubiera sido todavía razón suficiente para creer en la mentira, pues aquélla estaba casada. Pero, me replicará el lector, como el marido...

Ea, y dicho sea entre nosotros, por mucho que un hombre ame á una mujer casada y ella le corresponda, ¿hay que creerla á ciegas respecto del marido á quien engaña? ¿Cuál es la mujer casada que no ha dicho á su amante, lo que, por otra parte, es un consuelo moral y un peligro físico: «Mi marido no tiene ningún derecho sobre mí»? Sería muy candoroso tomar esta afirmación al pie de la letra.

La duquesa estaba en situación, como ninguna otra mujer, de emplear esa frase tradicional; lo sé; y los hechos nos han demostrado que el duque, de haberse encontrado ante una nueva Putifar, no habría necesitado huir, ni soltar su manto, sino que se hubiera quedado tranquilamente junto á la egipcia, como hacía el mismo Putifar, el gran eunuco de Faraón; pero esta forzosa indiferencia

quizá no había existido siempre; y la prematura vejez del duque, hostigada por ciertos intereses particulares que el lector no tardará en conocer, es seguro que no se sometió sin discutir sobre su impotencia.

En este caso no había más que decir, y esta era la probabilidad hacia la cual tenía más razones de inclinarse Jaime; y, efectivamente, éste concluyó por aferrarse de tal suerte á esta tabla, que ya nada más vió, y recobró toda su serenidad. Más valía así.

¡Oh amor, diosencillo regordete y sonrosado! ¿cuándo vas á ser consecuente contigo mismo? Cuando se trata de sospechar, pones lentes, y cuando de ver, tapas los ojos con una venda.

No vayan ustedes á figurarse, porque he lanzado esta exclamación, que yo pongo, ni por un segundo, en tela de juicio la sinceridad de la duquesa, y que deje de tomar en serio y quiera ahora burlarme de lo que hace poco he exaltado. No en mi vida. Yo, que he sido el testigo del doloroso desenlace de esta historia, respeto más que otra persona alguna á los dos héroes de ella; pero no puedo escribir este libro como escribiría una melopea, sobre la nota triste de los últimos acontecimientos: estoy obligado á explicar las variadas impresiones que me producían las diferentes peripecias del drama, y desde ahora para siempre declaro que en un rincón de aquel amor noble, digno y simpático, con profundo pesar mío veía infiltrarse en él una consecuencia indirecta que ni remotamente pude yo prever, y que, de tomar cuerpo, podía darle un cariz peligroso, y, lo que es peor, ridículo para Jaime. Y no por culpa de la duquesa, muy al contrario, sino de la elevada representación social de ésta, que iba llenando, cada vez más, de vanidad á Feuil.

Jaime, como artista, no era ni podía ser algo más que por el trabajo. Ahora bien, aquellas relaciones, si por un lado daban pábulo á la poesía y al sentimiento misterioso de su arte y mejoraban su talento, por otro perjudicaban su expresión material, su indispensable manifestación. Jaime puede decirse que casi reducía el arte, que hasta entonces fuera su único elemento y del que necesitaba para vivir, á las satisfacciones íntimas de su corazón. Aislábase de las relaciones necesarias á su porvenir, y en lugar de dar más ancho campo á la música con su amor, la restringía y

no la hacía servir más que para glorificar á éste. Olvidóse de que el arte no puede encadenar sin menoscabarse, y si bien trabajó mucho para su amante, dejó de hacerlo para sí. Todos los días llevaba á Anita un montón de melodías nuevas de las que ella era el soplo inspirador, y las depositaba á sus pies; mas para él habría sido una profanación darlas á conocer en público, y el ponerlas de venta, envilecerlas. Jaime componía como un hombre de mundo dotado de talento por chiripa; en una palabra, ya no se atrevía á ganarse la vida.

La sociedad continua de una mujer mimada de la fortuna, y que no tenía que ocuparse más que en las dificultades morales de la existencia, le había inculcado poco á poco los hábitos de la sociedad cuyo trato su fama le permitía cultivar, pero en la cual no le era dable sostenerse más que con los recursos legítimos de su trabajo. En una palabra, se avergonzaba del *oficio*, que, sin embargo, es la expresión obligada del arte, y sin el cual el artista perece de hambre cuando carece de bienes de fortuna. ¿Y cuál es el individuo nacido en la opulencia que se afane por convertirse en artista en la verdadera acepción de la palabra?

Jaime, á impulsos de un sentimiento que Anita le hubiera vituperado, de conocerlo, pues le habría hecho patente que el amor de aquél era desconfiado en ciertos puntos, temía parecer ridículo á la gran dama objeto de su pasión y desmerecer á sus ojos, de continuar sometiéndose á las exigencias de su estado. Por todo lo del mundo no habría querido que una amiga de la duquesa pudiese haberle dicho: «Mi hija, ó mi hermana, tiene por maestro de piano al señor de Feuil», pues maestro y criado le parecía todo uno; ya que los dos percibían sueldo por hacer algo que les ordenaban. Para él ya no existía la diferencia de que el uno es el criado de los servicios físicos, en tanto que el otro es el revelador de las más elevadas dotes del alma. Sublevábasele el espíritu sólo al pensar en hacerse oír del público, en verse obligado á hacer reverencias á gentes á quienes él no conocía, y oír de boca de algunos ignorantes mil veces inferiores á él: «¿Quién es ese que va á tocar el piano?»

—Estoy seguro, me decía Jaime candorosamente, que si Anita se encontrara en una sala de conciertos y me viera subir al estrado y hacer las muecas á que se ve obligado un artista, sentiría mortificado su amor propio y se avergonza-

ría de mí por un instante; y yo preferiría morir á verme humillado por espacio de un segundo ante ella.

No carecía de lógica este raciocinio, como la hay en la esencia de todos los razonamientos humanos. Todo lo que causa tristeza ó alegría es verdadero, y lo es, porque produce una sensación; lo que hay es que puede resultar más verdadero lo del lado.

Jaime no era, pues, tan amado como él creía, ni tan artista como le suponían, pues á la vez dudaba de la nobleza del amor y de la dignidad del arte: tal es la objeción que yo podía haberle hecho. Imaginar que la duquesa era capaz de avergonzarse de él al verle en la situación que acabamos de decir, era inferir una injuria al corazón, al talento y á cuanto bueno encerraba aquélla; estaba en contradicción con los sacrificios que ella se proponía hacerle; quizás era perjudicarse á sí mismo el abdicar, como abdicaba, al prestigio del hombre de talento, prestigio que no podía menos de entrar en el número de las razones que Anita se diera para amar á Jaime. No sólo la duquesa amaba demasiado á mi amigo para sonrojarse de la posición de éste, sino que, me atrevería á jurarlo, estaba orgullosa de verse amada de un hombre como él. Sí, Anita hubiera asistido doquiera y con hondo placer á toda manifestación nueva del talento de su amado, talento que á los ojos de ella le daba sobre los demás hombres la superioridad que él creía recuperar asimilándose al común de los mortales. Jaime, pues, demostraba carecer de inteligencia no utilizando tal superioridad.

No hay más situaciones ridículas que aquellas que no aceptamos francamente, y Jaime, al huir de una ridiculez imaginaria, no veía que se precipitaba en una ridiculez verdadera.

En efecto, un artista, mientras no ha dejado de ser hombre de talento para entrar en la categoría de numen, en tanto no le consideran y consagran como un grande hombre, conserva por largo espacio de tiempo relaciones con aquéllos sus compañeros que se paran en el camino y componen lo que llaman la bohemia del arte, gente que al llegar á cierto punto se estaciona, bullendo confusamente en las capas inferiores, clase de la que Murger ha relatado de manera tan admirable la vida, las costumbres, la miseria y la chispa. Pues bien, para esos sus colegas primeros, Jaime se había vuelto lo que ellos apellidan un pre-

sumido. Si por acaso mi amigo encontraba á uno de aquéllos, le tendía con timidez la mano, mientras miraba á uno y otro lado para ver si venía el coche de la duquesa; y no era que su corazón se hubiese modificado, pues continuaba siendo bondadoso y servicial; lo que había es que se sacrificaba un poco más á las exigencias externas, y habría sentido en el alma que le hubiesen visto conversando con uno de sus desaliñados compañeros. Es evidente que los artistas deben hacer, en determinadas ocasiones, como que no conocen á ciertos individuos; mas para nuestro amigo quizá no había llegado aún definitivamente la hora de hacerlo.

Jaime, por su talento notable, y aun diré excepcional, ya sobresalía del vulgo, pero aun no había dado, como el ángel de Tobías del cuadro de Rembrandt, la vigorosa patada que al lanzar al elegido de Dios á la inmensidad de la radiación infinita le separara de la tierra para siempre.

La nueva vida de Jaime daba, pues, origen á burlas, celos y aun enconos; que ya sabemos que nada hay tan sensible como la inferioridad. Figúrese el lector qué compasión le tendrían sus compañeros de menor cuantía.

«Jaime se había convertido en un caballero elegante, montaba á caballo, se hacía dar el dictado de conde, no tocaba ya el piano sino con guantes, hacía dar lecciones por sus criados y había comprado un cupé.»

Tales fueron las primeras bromas inofensivas de que le hicieron blanco; mas luego le vieron con una mujer tapada, en un coche misterioso; oyeron una frase aquí y otra allá; se hicieron suposiciones, se supo una circunstancia, se acogió una maledicencia; éstos y aquéllos corrieron al husmo de noticias, y se inventaron probabilidades, y formando de todo un haz, se llegó á una conclusión poco agradable para mi amigo, y la conclusión fué ésta: que Jaime, que había dejado de trabajar, que era un petimetre, montaba á caballo y no prestaba ya dinero á sus antiguos amigos, no podía menos de vivir á expensas de una dama de alto copete. Por fortuna tales murmuraciones no pasaron de un círculo que no tenía eco en parte alguna, pero que, á fuerza de gritar, podía concluir por tenerlo.

Las paparruchas son como los hongos, nadie sabe quién los siembra, pero allí donde crece uno, crecen mil. A oídos de Jaime no dejaban de llegar, de tiempo en tiempo, los ru-

mores de toda especie que su manera de vivir despertaba; y es preciso ser muy fuerte, muy superior á las condiciones humanas para andar en línea recta sin preocuparse con los espinos que nos agarran por uno ú otro lado. Nuestro héroe aun no había llegado á la edad de esta indiferencia filosófica, y se turbaba, y le irritaban tanto más aquellas punzadas, cuanto, á menos de estar loco, se veía constreñido de vez en cuando á conocer que andaba en una vía irregular, que el amor quizás excusaba, pero que deducción alguna, por muy sutil y elocuente que fuese, era parte á hacerla pasar como completamente lógica. Ni siquiera era posible entrar en tales discusiones con persona alguna, pues el amor de aquél era un secreto; pero ante él mismo y ante mí, su confidente único, ¿cómo esconderse de ciertas dificultades visibles y palpables?

Si encontramos una peña en nuestro camino, podemos abrirnos paso al través de ella á martillazos, ó eludirla con más ó menos habilidad: agarrándonos á las asperezas de ella, haciendo servir de apoyo los obstáculos mismos, podemos llegar sanos y salvos al otro lado, no lo niego; pero esto, por más que digan, no es tan fácil y agradable como cruzar una planicie, y en todo caso, no hay para qué admirarnos si nos hacemos algunos rasguños en los pies y en las manos, ó si nos rompemos un brazo ó una pierna, pues en la demanda podemos hallar la muerte.

Ahora bien, Jaime tenía que luchar contra el impasible obstáculo de la peña social á que apellidan matrimonio, peña que cierra el camino de todos los amores adúlteros. Podía darse por muy dichoso si salía del lance con sólo algunos rasguños; pero otros parecían ser los temores de Jaime: de algún tiempo á aquella parte estaba mi amigo visiblemente preocupado, y cada vez que le interrogué respecto de las causas de tal preocupación, me respondió que más adelante me lo diría todo. Interin, y por si había de haber lucha, Jaime había elegido, en su fuero interno, su primer adversario, al que hacía responsable de aquellos primeros tropiezos; y el tal adversario era Vladimiro, para pelearse con el cual, máxime desde el asunto de las cartas, no buscaba más que un pretexto. No había quien le quitara de la cabeza que el ruso era el autor de todas las paparruchas que se echaran á volar, como debía también serlo de las sucesivas. Cada vez que sufría un disgusto, aunque nada tuviese que ver

con la duquesa y sus amores, hacía responsable de él á Vladimiro, cuya imagen vulgar y traicionera no se le apartaba de la mente; parecía que le faltaría algo mientras no hubiese abofeteado á aquél, como lo hubiera hecho ya habría habido mucho tiempo de no habérselo yo impedido. Con todo eso, no dejaba yo de comprender que aquel truhán le sublevaba los nervios á Jaime; y es que todo hombre correcto siente prurito de romperle la cabeza á quien se le vende por amigo, y so esta capa intenta robarle el corazón de su amante, y busca comprometer á ésta, y le pide dinero prestado, y exhibe sus cartas, y está forzosamente en un secreto que quisiéramos ocultar á todo el mundo, y que, no obstante lo expuesto, habla bien de nosotros en todas partes, finge una discreción mil veces más comprometedora que las indiscreciones más desembozadas—que esta era la nueva táctica de Vladimiro—y nos ataja el camino de buscarle pendencia á no ser bajo un pretexto extraño á la razón verdadera.

Lo que Jaime no perdonaba, sobre todo, al conde—y esto ni siquiera á mí me lo dijo,—era que éste hubiese sido el confidente y el intermediario del primer amor de Anita, el saber que ésta había amado, y el que conociera respecto del particular pormenores que él, Jaime, ignoraba, de los cuales querría haber estado al corriente y sobre los que nunca sabría de fijo á qué atenerse. ¡Oh! esto, y el imaginar que Vladimiro, al verle realmente enamorado de Anita, se burlaría de él interiormente, le exasperaban de un modo indecible y le infundían, en ocasiones, contra su antiguo amigo un odio tal, que lo habría asesinado sin piedad, de estar aquél en su presencia.

En ciertas condiciones, el amor no invade el corazón y el cerebro de un hombre joven y ardiente sin comunicar algo de su furia á su organismo. Mientras dura el amor, aumenta un tono los afectos y las pasiones, los exagera así para el bien como para el mal. Si Jaime no hubiese adorado á Anita, no hubiera odiado á Vladimiro, al cual no había caído en saco roto la disposición de ánimo en que contra de él se encontraba.

Después de su visita á Carlota, el ruso previó una catástrofe, pero viendo que ésta no llegaba, y augurando mal de tal silencio, comprendió que Jaime esperaba otra ocasión de distinto género. Entonces, como poco aficionado que era

á los duelos, intentó parar el golpe que preveía, aún á costa de caer en ridiculez. Fué á casa de Anita dos ó tres veces, aunque en vano; se hizo el enconadizo con Jaime, dispuesto á sonreírle, á tenderle las manos, y á darle toda clase de explicaciones; pero como Jaime pasó de largo fingiendo no haber reparado en él, Vladimiro buscó nuevas armas para servirse de ellas en caso de lucha, armas que, como el lector va á ver, las halló.

XV

Una noche había baile en casa de uno de nuestros más afamados pintores, que recibe á toda la aristocracia de la nobleza y del arte, y, como era natural, el duque y la duquesa figuraban entre los convidados á la fiesta. Anita, que sabía que en el baile aquel vería á Jaime, dió tregua á sus nuevas costumbres, quiero decir que aceptó la invitación, y al entrar nuestro héroe en la primera sala, la vió rodeada de esa pequeña corte que en todas partes adonde concurre llama en torno de sí una mujer elegante; pero como no había sido presentado oficialmente á la duquesa, no pudo formar entre el corro de los que con aquélla estaban hablando.

Jaime cruzó una mirada con su amante, y para poder contemplar á ésta á su sabor y sin ser notado, entró en otra pieza.

Anita, no obstante estar sentada de espaldas á Jaime, no veía más que á éste, ni con nadie más que con éste hablaba.

Si en un baile nos muestran una mujer, y al mismo tiempo nos dicen: «Esta hermosa criatura tiene un amante aquí, adivine usted quién es», no nos entretengamos en buscarle entre los que rodean á la hermosa, sino entre los que de ella están más apartados; y si descubrimos un hombre que, después de haberse acercado á saludarla y haberle dirigido algunas frases de cajón, se confunde inmediatamente entre la multitud, se aleja, como distraidamente, de las salas en que aquélla entra, no baila ni juega, habla con indiferentes en los vanos de las puertas, mira, sin verlas, las curiosidades de las salas más desiertas, hojea los albums, mira pasar las bandejas sin tocar de ellas cosa alguna, parece como que se está aburriendo y no se va, hay cien probabili-

dades contra una de que hemos descubierto al que buscábamos, y podremos decir: «Ahí un caballero que está aquí *por orden*, para que lo vean, para ser visto, para probar que no está en otra parte.»

Por su parte, la mujer, á quien tal tejemaneje agrada siempre, habla, se sonríe, se pasea y baila. Y ¿sabéis por qué está tan hechicera? porque es dichosa. Ved cómo acapara á los jóvenes más solicitados del baile, cómo se deshacen éstos para complacerla, sueltan agudezas, rien, se pavonean, miran si son vistos, é imaginan que la comprometen un poco, sin advertir que los ojos de la hermosa van, de tiempo en tiempo, á decir á un convidado silencioso, oculto en un rincón, ó hablando con algún personaje calvo ó formal que cree que aquélla le está escuchando: «Fíjese usted en esos mentecatos; ¡cómo se desviven por mí, y de qué modo me río yo de ellos!»

¡Oh, lector! si eres inteligente, nunca te conviertas, en un baile, en caballero de mujer hermosa, á menos que seas su confidente ó su amante, pues sólo te tomará para tranquilizar á alguien, y el papel de caballero que no pincha ni corta es humillante en grado superlativo.

Entre los cortesanos de la duquesa, estaba uno de los primeros actores de esta historia, el príncipe de Rivá, al cual no podemos colocar en fila con los comparsas de que acabamos de hablar, ya que su categoría, su posición, su talento y su delicadeza le imponían naturalmente otro papel. El príncipe, sin haber recibido confianza alguna directa de Anita ni de Jaime, estaba al tanto de los acontecimientos, que en parte se originaron de su malhadada visita de marras; pero, haciendo gala de una delicadísima discreción, fingía ignorarlos, aun ante los interesados, y tenía resuelto no acordarse de ellos á no ser que el caso le pusiese en potencia de obligar á uno de los dos. Rivá era hombre de alma elevada; había amado sinceramente á Anita, y muy al revés de llevar ojeriza al rival preferido, lo que de nada habría aprovechado, tomó el hermoso papel que hay que tomar en esta clase de derrotas, y su amor por la duquesa se trocó en una discreta simpatía para los dos amantes, que, tarde ó temprano, según él preveía, tendrían necesidad de algún amigo devoto.

El hombre de alma noble, cuando ama, no ama solamente para sí; por lo tanto, debe probar lo sincero de su afecto del

único modo que le es dado, esto es, abnegándose hasta el sacrificio, hasta el extremo de amar á aquel á quien ama la mujer por la cual suspira. De esta manera obligan á la gratitud al corazón que no han podido obligar al amor. ¡Qué desquite más noble! Pero tales ejemplos de abnegación y de sacrificio son raros, y por eso debemos hacerlos evidentes cuando los encontramos.

Como hemos dicho, el príncipe estaba al corriente de las relaciones de Jaime y de la duquesa. ¿Quién le había puesto en autos sobre el particular? El mismo. Enamorado como estaba, ¿no le cabía algún derecho á vigilar á Anita? Pues bien, el príncipe había visto tres ó cuatro veces, al rondar de noche al pie de las ventanas de la duquesa, á Jaime entrar en la casa de ésta á las mismas horas; lo cual, unido á ciertas palabras que á uno y á otro oyera pronunciar, bastó para saber á qué atenerse. Desde entonces el príncipe había encontrado repetidas veces á Vladimiro, en quien presintió un enemigo de la duquesa, y juzgó bien de Jaime por lo mal que de éste le hablara el conde; y es que las gentes de alma ruin y por tales conocidas, tienen el don de hacer simpáticos á los ojos de las personas de sana intención, á los ausentes en quienes hincan su venenoso diente.

Desde aquel punto y hora el príncipe sintió vivo empeño de entablar conocimiento con Jaime, y lo consiguió cierto día en que se encontró con él en casa de un amigo común, que les presentó uno á otro. El príncipe y nuestro héroe, que desde luego se juzgaron mutuamente por lo que eran, esto es, corraones francos y leales, se estrecharon efusivamente la mano, como quien estipula tácitamente un convenio de reciprocidad de afectos.

Nunca, en sus conversaciones más íntimas, ninguno de los dos nuevos amigos pronunció el nombre de la duquesa; mas como para Jaime era evidente que el príncipe conocía sus relaciones con Anita, no habría hallado inconveniente, en circunstancias en que hubiese tenido necesidad de un mediador fiel entre él y la duquesa, de dirigirse á Rivá, en quien apreciaba el tipo, más raro de día en día, de los verdaderos hombres de mundo que hasta en los menores actos de su vida saben obrar como caballeros.

El príncipe se había convertido en uno de los más asiduos visitantes de Anita, y cuando en los salones uno de tantos correvediles que pululan por todas partes quería dar á en-

tender que la duquesa tenía un amante, acontecía con frecuencia que señalaban á Rivá como siéndolo.

El príncipe, al ver á Jaime, se acercó á él, y ambos empezaron á conversar, cuando á poco percibieron á Vladimiro, que, al igual que á todos los bailes que se daban, había hallado modo de entrar en aquel. El conde, ora por jactancia, ya para intentar por última vez una reconciliación, vino al encuentro de Jaime, y como si entre los dos no hubiese habido un rompimiento definitivo, le tendió la mano. Feuil hizo como que no veía al ruso, y continuó conversando con el príncipe; pero Vladimiro, que á su vez fingió no haber comprendido la intención de aquél, se volvió hacia Rivá y le preguntó qué tal estaba de salud.

—Muy bien, respondió con aspereza el príncipe, y andando inmediatamente su conversación con Jaime.

—Dígame usted, príncipe, prosiguió Vladimiro sin turbarse y con acento del hombre que va á tomar un desquite, ¿sabe usted si la duquesa Anita está en el baile?

—No lo sé.

—Como me interesa hablar con ella, por eso se lo he preguntado á usted.

Jaime, al oír lo que el ruso decía, se volvió á pesar suyo.

—¡Ah! ¿es usted? prosiguió Vladimiro con acento el más natural del mundo, y convencido de que en aquel sitio nada tenía que temer.

—Sí, yo soy, contestó Jaime refrenándose; ¿desea usted algo de mí?

—Lo ha adivinado usted; ¿sabe usted si la duquesa está en el baile?

—No sé de quién me habla usted.

—Toma, de la duquesa Anita.

—Repito á usted que no la conozco.

Vladimiro, que en la manera como le contestara y le mirara Jaime comprendió que las cosas podían tomar mal sesgo por más que este último se esforzaba en conservar su serenidad, intentó reducir la situación á una sencilla broma; así es que replicó:

—Pues bien, si la encuentro ¿quiere usted que le presente á ella?

—Gracias; paréceme que me recibiría mal.

—¡Oh! ¡oh! lo que acaba usted de decirme no es muy galante, continuó el conde con risa forzada.

Jaime iba á responder una insolencia, de fijo, pero el príncipe le dió con el codo y le dijo en voz queda:

—Aquí no, nos están escuchando.

—Es verdad, profirió Jaime.

Y volviendo la espalda al conde, se alejó encogiendo los hombros y diciendo á su amigo:

—¡Qué grosero!

—Grosero, no; canalla, repuso el príncipe.

Vladimiro, como si tal cosa, salió en busca de la duquesa, y por fin la vió junto á su cuñada, la cual, engalanada con el gusto que le era peculiar, no se apartaba de Anita un punto y parecía, como nunca, desvivirse por ella.

El príncipe, que previó que Vladimiro iba á desquitarse en la duquesa del modo como lo acogiera Feuil, y, por otra parte, persuadido de que su presencia pondría un freno al ruso, dejó por un instante á su amigo y se acercó á Anita en el preciso instante en que también lo hacía Vladimiro.

Indudablemente por la mente de Jaime cruzó igual pensamiento que por la del príncipe, pues después de haber dado una vuelta por el salón, fué á emboscarse en un rincón desde el cual podía verlo todo.

Anita se admiró de la audacia de Vladimiro, porque si bien es cierto que entre los dos no había habido explicaciones de ninguna naturaleza, suponía que aquél debía no ignorar lo resuelta que estaba á romper con él toda clase de relaciones.

—Buenas noches, duquesa, dijo el conde.

—Muy buenas.

—Varias veces he ido á casa de usted para tener la honra de verla, continuó Vladimiro.

—Lo sé.

—Pero usted no ha tenido á bien recibirme.

—No recibía á persona alguna.

—Esto me han dicho. ¿Estaba usted enferma?

—Sí.

—Ya lo sabía. Y ¿no está usted mejor?

—Todavía no.

—Esta clase de indisposiciones suelen ser largas; duran muchos meses.

La duquesa se estremeció.

—Si usted no se opone, añadió Vladimiro de modo que no le oyera más que Anita, yo seré el padrino.

Toda duda era ya imposible; Vladimiro sabía lo que la duquesa creyó, hasta aquel instante, que no era conocido más que de ella y de Jaime.

La baronesa abría tanto el oído.

—Usted dispense, conde, dijo Anita levantándose y haciendo á Rivá una seña para que se acercara, pero tengo que hablar al príncipe.

Y dando el brazo á éste, se alejó con rapidez y sin pensar en reprimir su emoción.

—¿Qué le pasa á usted, duquesa? le preguntó el príncipe.

—Ese hombre me ha insultado, respondió Anita. ¿Dónde está Feuil? es menester que le hable.

El príncipe y la duquesa salieron en busca de Jaime, mientras Vladimiro, que ya nada tenía que hacer en el baile, ó que, al marcharse, esperaba evitar las consecuencias de la infamia que acababa de cometer, tomaba su capa y aguardaba, en la escalinata del palacio, la llegada de su coche, por el cual mandara.

Era evidente que las correspondencias del gabinete negro daban pingüe provecho, como lo demostraba el que el conde continuara usando coche.

Anita y el príncipe, por más que recorrieron todas las dependencias del palacio, no pudieron dar con Jaime, por la sencilla razón de que éste había salido del baile; y es que Jaime había, si no oído, visto lo que acababa de pasar entre Vladimiro y Anita; y como en la emoción de su amante adivinara alguna desvergüenza de parte del ruso, echó tras éste, ignorando, como ignoraba, que la duquesa quisiese hablarle.

—Tengo que decirle á usted dos palabras, profirió Feuil dando un golpecito en el hombro de Vladimiro en el instante en que éste iba á meterse en el coche.

—¿No puede usted aplazarlo para mañana? contestó el conde, que notó que Jaime estaba muy pálido y comprendió que había llegado el momento decisivo.

—No, repuso el amante de Anita, salgamos del palacio; la noche está hermosa, la calle desierta; nadie nos incomodará.

Como era imposible retroceder, Vladimiro siguió á Jaime al otro lado de la calle.

—Vayamos derecho al asunto, dijo Feuil cuando tuvo

al conde frente á frente; usted me detesta y yo le detesto. Busque usted dos testigos y concluyamos mañana.

—Primeramente escuche usted dos palabras.

—Nada escucho. Mañana, á las dos, le irán á ver á usted mis testigos; advirtiéndole á usted que éstos no admitirán efugio ni retractación alguna.

—Está bien; mañana, á las dos, aguardaré en mi casa á esos caballeros.

Vladimiro hizo un saludo y se retiró.

Jaime entró nuevamente en el baile, y respirando como si le hubiesen quitado una montaña de encima, fué en busca del príncipe, á quien encontró casi inmediatamente.

—¿De dónde viene usted? preguntó Rivá á su amigo; la duquesa y yo hemos estado buscando á usted por todas partes.

—¡La duquesa y usted! no pudo menos de proferir de Feuil.

—Sí; Anita tenía que decirle á usted algo.

—¿Dónde está Anita?

—Como creía que usted se había marchado, ella acaba de hacer lo mismo.

—Indudablemente quería hablarme de Vladimiro, ¿no es eso?

—Lo ignoro.

—Tanto da; he visto lo que ha pasado, y espero que aquél no volverá á las andadas.

Jaime contó al príncipe lo que entre él y el ruso acababa de pasar, y una vez hubo terminado, Rivá le dijo tras unos segundos de reflexión:

—No se batirá.

—Mal que le pese.

—Señor de Feuil, necesita usted testigos que puedan oír cuanto diga el conde, pero que no lo repitan.

—¿Quiere usted ser uno de ellos?

—Iba á proponérselo á usted. ¿Ya ha elegido usted el otro?

—Sí.

—Pues mañana, á la una, nos reuniremos en casa de usted.

—Gracias.

—¿Le retiene á usted todavía algo en el baile?

—No.

—Pues vámonos.

Jaime y el príncipe se retiraron, y al despedirse quedaron en verse al día siguiente á la hora señalada y en no decir de aquel incidente una palabra á la duquesa.

Muy temprano era aún cuando, por la mañana del día que siguió al del baile, recibí un billete de Jaime, en el que me rogaba fuese á verle á mediodía. Así lo hice, y al llegar á casa de mi amigo, éste ya había recibido una carta de Anita, la cual, como tenía que hablarle cuanto antes mejor, no quería aguardar á la noche, y le indicaba un sitio donde podrían hacerlo de día.

XVI

El príncipe y yo nos encaminamos á casa de Vladimiro, y á fe que, por mi parte, con bastantes deseos de juzgar por mí mismo de aquel maléfico personaje. El conde había trazado su plan con cierta habilidad; y es que en semejantes circunstancias no hay mejor consejera que la cobardía, que no se inmuta y se prepara con tiempo. Un hombre valiente no nos hubiera recibido con sonrisa más franca y sosegada que lo hizo el conde; el cual nos trató con la exagerada finura que forma el principal distintivo del carácter ruso. Nos hizo sentar, nos ofreció puros que rehusamos, y tomó la actitud, ó á lo menos se esforzó en tomarla, del hombre á quien tales negocios le son familiares y á los que no da importancia alguna.

—Les estaba á ustedes aguardando, señores, profirió Vladimiro; el señor de Feuil ya me había advertido que ustedes vendrían á verme; pero, si he de serles á ustedes franco, no acabo de comprender el fin ni el por qué de tal visita; por lo tanto les agradeceré á ustedes en el alma se sirvan explicarme á qué debo la honra de recibirla.

Yo dejé la palabra al príncipe, quien, como testigo de lo que acaeciera en el baile, podía hablar con más conocimiento de causa.

—Señor conde, dijo el de Rivá, la situación es delicada, y, sin embargo, como los tres conocemos la causa verdadera de la desavenencia que nos conduce, entraré desde luego en el asunto, tanto más cuanto la mencionada causa debe quedar secreta entre nosotros.

El conde hizo una señal de asentimiento.

—Anoche, en el baile, habló usted en términos tales á una dama, que ésta se vió obligada á levantarse y venir á darme el brazo. Esta es la causa que nos trae y por la cual le pedimos una explicación en nombre del señor Jaime de Feuil.

—Usted dispense, príncipe, replicó Vladimiro; pero ¿con qué derecho se convierte el señor de Feuil en defensor de esa dama, siendo así que no la conoce, según él mismo me lo manifestó ayer? ¿Acaso oyó dicho señor mis palabras? ¿Estaba con él la dama? ¿Es padre de ella? ¿Por ventura no tiene esa señora marido que la defienda, si es que yo rebasé los límites de las relaciones á que tengo derecho con ella, lo que niego de antemano?

—Me complazco en creer que todos somos aquí hombres de honor; dejémonos, pues, de sutilezas. Usted, señor conde, sabe más que otro alguno que la persona aludida no puede pedir protección á su esposo por la ofensa que usted la ha inferido, ni exigirle á usted personalmente una reparación, y que el señor de Feuil, que no tiene derecho á tomar la defensa de aquélla ante nadie, lo tiene implícitamente de tomarla ante usted. Y este derecho se lo dan las relaciones que anteriormente sostuvo con usted, pues aquí mismo, en casa de usted, fué donde conoció á esa dama, á quien debe no conocer á los ojos de los demás. Precisamente esto es lo que da á la situación una delicadeza tan sensible. En boca de usted, á quien esa dama y Jaime tenían por amigo y aun por confidente, y contra quien, con razón ó sin ella, más adelante creyeron les asistía motivo de queja, la más pequeña palabra ofensiva para ella de rechazo le ofende á él. Por lo demás, el señor de Feuil, si hay que darle crédito, como yo se lo doy, le ha hablado á usted esta noche con tal claridad, que estamos dispensados de añadir una palabra más respecto de la causa que nos trae, y no debemos ocuparnos más que en sus consecuencias. Sintetizando, hemos venido no para exigirle á usted una explicación, sino para decirle á usted que es inútil el que intente darlas.

—Luego ¿vienen ustedes á provocarme?

—Sí, señor conde.

—Enhorabuena; pero ustedes convendrán conmigo, señores, en que por muy pronto que esté uno á aceptar un reto, tiene, antes de conformarse con las consecuencias de él, el derecho de discutir las razones en que se funda. Como

usted mismo lo ha manifestado, príncipe, la situación es un tanto excepcional y necesita abundancia de argumentos contingentes para llegar á una apariencia de verosimilitud. En fin, admitamos que yo conceda al señor de Feuil derechos bastantes para tomar la defensa de la duquesa, y la nombro porque entiendo que entre nosotros huelga ya el que continuemos el incógnito de esa dama; admitamos, repito, que yo conceda al señor de Feuil derechos bastantes para tomar la defensa de la duquesa; ahora lo que falta es que yo haya inferido á aquélla un insulto real. ¿Qué insulto es ese, señores?

—No podemos determinarlo, repuso el príncipe; pero la emoción que las palabras de usted causaron á la duquesa basta para constituir una mala intención de parte de usted. El señor de Feuil lo juzgó así, como lo prueba el que, sin aguardar más pormenores y con sólo ser testigo presencial de aquella emoción, saliera al encuentro de usted y le anunciara en términos tan claros como le fué posible nuestra visita.

—Ya comprenderán ustedes, señores, dijo el ruso, que sería muy cómodo el que bastara una suposición para buscar quimera al primero que se presentase. Hace mucho tiempo que conozco á la duquesa, mucho antes de que el señor de Feuil supiese que ésta existía; y no sólo la conozco, más también intervine en los incidentes más graves y más íntimos de su vida. De consiguiente, en determinadas circunstancias puedo tener que decirle ciertas cosas que, sin ser insultos, la turben más ó menos. El señor de Feuil se dejó llevar de un arrebató, y me buscó una quimera de mala ley. Así, pues, señores, á mí es á quien corresponde, antes de llegar al último extremo, ilustrarles á ustedes sobre ciertos puntos completamente oscuros para el que no está en autos. Ahora, si una vez yo les haya puesto á ustedes al corriente persisten en su propósito, no hallaré reparo en llevar adelante el asunto, pero con ciertas condiciones que pongan mi honor y mi amor propio á salvo de toda sospecha y de toda ridiculez. Si perezco, quiero que sea por causa fundada; si mato, quiero también tener algo que contestar á los jueces que me pidan cuenta del homicidio.

Nada había que replicar á semejante argumento, hecho con voz tan franca y mirada tan leal, que hasta llegué á dudar de si Jaime había juzgado mal á aquel hombre.

—Yo era muy amigo del señor de Feuil, continuó Vladimiro; nos veíamos todos los días, y por mi intermediación conoció aquél á la duquesa. ¿Qué he hecho yo para llegar al extremo á que hemos llegado? Nada. Los tres conocemos las relaciones del señor de Feuil con la duquesa; luego podemos hablar de ellas sin ambages. En mi patria se me presentó coyuntura de prestar á la duquesa un favor que podía comprometerme y causarme un perjuicio de monta. ¿Se lo negué? No; al contrario, yo mismo me brindé. A menos de ser muy ingrata, y por más que sus afectos no sean hoy los mismos, la duquesa no puede olvidar lo que hice por ella. ¿Tengo yo la culpa de que á esa dama le duela ahora el que yo esté iniciado en ciertos sucesos de su vida, por temor á que yo ponga al corriente de ellos al señor de Feuil? Sin embargo, ella es quien nos separa al uno del otro, la que nos enemista, la que va á ponernos en la mano la espada. La duquesa me ha cerrado la puerta de su casa, y el señor de Feuil finge no conocerme. Ya ven ustedes que quien debería quejarse soy yo, y con todo me callo, porque tengo en cuenta la pasión, la ceguera y aun la injusticia del hombre enamorado. Príncipe, ayer fué usted testigo del modo cómo me recibió el señor de Feuil. El no enfadarme, ¿prueba que yo tenga miedo? No. Ello no obstante, si el señor de Feuil creyera lo contrario, no le favorecería mucho el que me desafiara. Yo hago como que no reparo en ese cambio, porque estoy seguro de que el tiempo me justificará como no podría hacerlo explicación alguna. Hay que dejar que pase ese momento de calentura. Además, ¿á qué comprometer á una dama que quizás ya se está comprometiendo en demasía? En todo eso, señores, no hay más que la irritación de un hombre que, molestado por los primeros obstáculos de una situación cada día más embarazosa, necesita descargar sobre alguien las desazones de que él mismo ha sido el artífice. Por mi parte, no llevo enemistad alguna al señor de Feuil. Al contrario, como estuviera en mi mano prestarle un favor, lo haría gustosísimo. En las palabras que anoche dije á la duquesa, la cual, por lo que se ve, las interpretó malamente, al par que mi deseo de hacerla sabedora de que yo estaba informado de una circunstancia gravísima, encerraba el de ponerme á sus órdenes, caso de que pudiese serla útil; porque á la duquesa le consta que, en el fondo, puede contar siem-

pre conmigo. Y ¡qué caramba! señores, añadió Vladimiro para dar completamente en tierra con nuestra convicción, pues somos, como ha dicho hace poco el príncipe, hombres de honor, hablemos claro. ¿Saben ustedes lo que pasa? La duquesa está en cinta. Ya ven ustedes que, en la situación en que aquélla se encuentra, valía la pena que yo le hablase sobre el particular; y si lo hice en el baile, débese á lo que ya les he manifestado á ustedes, esto es, á que me ha cerrado la puerta de su casa. Lo que yo me propuse fué hacerle ver que otros podían saber lo que yo sabía. Como es notoria la manera como la duquesa vive con su marido, ¿no encierra para ella un peligro el que cunda la noticia? Ahí tienen ustedes el por qué la duquesa se turbó al ver que yo estaba al corriente de una circunstancia que quizás el mismo señor de Feuil ignora; porque en la admiración de usted conozco, continuó Vladimiro, designándome á mí, que usted, que es su mejor amigo, nada sabía del asunto. Pues bien, señores, sean ustedes jueces de mi conducta en este caso: ¿obré malamente? ¿Es oportuno el momento para un desafío, para promover un escándalo del cual la duquesa puede salir perdidosa y en el que el señor de Feuil no va á ganar cosa alguna?

Nos cogió al príncipe y á mí tan de sorpresa la noticia, que cruzamos una mirada. Estábamos, como se dice vulgarmente, batidos por la peroración de Vladimiro, y ahora nuestro cometido se ceñía únicamente á reclamar el silencio de un hombre á quien fuimos á imponer una reparación.

—No hay que decir, prosiguió el ruso, anticipándose á nuestras palabras con su habilidad acostumbrada, que ustedes y la duquesa son las únicas personas á quienes he hablado y hablaré de ese desgraciado, desgraciadísimo incidente.

Nuestro interlocutor dió una entonación especial al adjetivo.

—¿Pero cómo lo ha sabido usted señor conde? pregunté.

—Por boca de una criada á quien hace poco despidió la duquesa, sin reparar que al despedirla cometía una grande indiscreción. Hay momentos, señores, en que una mujer no debe despedir á sus criadas, por muy quejosa que esté de ellas, porque en determinadas circunstancias los que suelen serle de más provecho son esos auxiliares inferiores, como también son los que deben inspirarla más

cuidado esos rencores de baja estofa. Esas cosas puede ocultarlas la mujer al mundo entero, pero no á sus doncellas, que son las confidentes inevitables en razón á la intimidad de su servicio. La muchacha á que me refiero, que me había visto en casa de la duquesa, vino á verme para que la procurara una colocación; y como creía que yo tenía mis razones para estar agraviado de su ama, me hizo saber lo que ocurría, como quizá lo ha hecho saber á otras personas, por más que yo le recomendé que guardara sobre el particular el más profundo silencio. Esto es lo que, y en voz lo más baja posible, dije ayer á la duquesa, la cual interpretó torcidamente mi intención. Cuando me acerqué al señor de Feuil, no me guió otro propósito que el de avisarle también á él. En resumen, señores, no me pesa tanto lo que ha pasado, ya que el efecto es el mismo y el señor de Feuil estará advertido. Ahora, si el amigo de ustedes persiste en su provocación, dispénsenme ustedes que se lo diga, demostrará ser más que ingrato, falto de inteligencia; sin embargo, me tiene á sus órdenes. Háganme ustedes el favor de abocarse con él y transmitirle, decida lo que quiera, mi palabra de honor de que he guardado y continuaré guardando el más profundo secreto sobre el incidente de que me ha hecho sabedor el acaso.

Era imposible salir del atolladero con más destreza que Vladimiro. El príncipe y yo casi nos veíamos obligados á darle las gracias.

Nuestro interlocutor no lo había dicho, pero era evidente que de persistir Jaime en su provocación, lo que en efecto hubiera sido una majadería, su adversario se valdría, ó más bien tendría el derecho de poner por delante el nombre de la duquesa, que nada provechoso se sacaría de él, y que él, en resumidas cuentas, sería el único que quedaría en buen lugar.

—Paréceme que el caso reviste suma gravedad, me dijo el príncipe una vez estuvimos en la calle. Opino que lo mejor que puede ahora hacerse es que se vuelva usted á casa de Jaime y le ponga usted al corriente de nuestra diligencia. Ciertas cosas que nos ha dicho el conde, preferirá aquél oírlas de boca de un amigo íntimo, pues por más que puede estar seguro de mi discreción, le contrariará el verme andar á mí de por medio. Demuéstrele usted que lo mejor que puede hacer es no ocuparse más en ese ruso, que aun

cuando cobarde, es sagaz, hasta el día en que falte á la palabra que nos ha dado, lo que no se atreverá á hacer. Sea usted intérprete para con él de mi profunda simpatía, y aunque no necesito decirselo, manifiéstele usted también que puede contar incondicionalmente conmigo en todo cuanto me juzgue útil.

Era imposible obrar con más delicadeza.

Fuí á casa de Jaime, que estaba aguardando la hora de ver á la duquesa, y le expliqué textualmente lo que acababa de pasar entre el príncipe, Vladimiro y yo. Mi amigo se conmovió profundamente; y aunque no me cabía el derecho de hacerle cargo alguno por haberme ocultado un secreto de que no era él el único que estaba al corriente, intenté patentizarle las graves consecuencias que podían lloverle encima.

—Demasiado las preveo, profirió Jaime, dándome con su respuesta la llave de la preocupación que hacía tiempo yo notara en él. El hecho existe, y, por lo tanto, es inútil discutirlo; no queda sino precaverse contra las enemistades á que va á proporcionar armas.

—¿Qué dice la duquesa?

—¡Anita! ya la conoces: para ella es una dicha.

—Pero cree que todos ignoran...

—A lo menos ayer aun lo creía.

—Si hemos de colegir por su emoción al saber que Vladimiro estaba en el secreto, sería muy fácil que ella empezara á advertir que su dicha no es tan grande como eso.

—En fin, pronto la verá.

—Y ¿qué hacemos de Vladimiro?

—Nada, pues nos importa su silencio; pero deja, ya le encontraré otra vez.

—Así, pues, ¿estás incomodado con él de veras?

—¡Oh! le odio. Lo que tiene que hacer es suplicar á Dios que no suceda desgracia alguna, porque él pagará por todos. Vuelve esta noche y te diré qué novedades ocurren.

Jaime partió para el lugar de la cita.

La historia se complicaba.

Esta sería quizá la ocasión de enumerar los nuevos peligros que iban á correr los dos amantes; pero el lector los conoce tan bien como yo. Procederé, pues, por orden de hechos, más interesantes, en semejante caso, que las conjeturas y los análisis.

—¿Has visto á la duquesa? pregunté por la noche á Jaime, que estaba quizás un poco menos sosegado que por la mañana.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—Se empeñaba en un imposible; figúrate que quería fugarse.

—¿Del hogar marital?

—Sí.

—Y ¿adónde quería marcharse?

—Á cualquiera parte, con tal de fugarse.

—¿Qué pasa?

—Todavía nada; pero Anita es mujer, y, por lo tanto, está sujeta á las más instantáneas y opuestas sensaciones; no ha pegado los ojos en toda la noche, ni quiere que me aparte de su lado; ahora la llena de pavor lo que ayer la henchía de gozo.

—¿Y la duquesa quería que tú te marcharas con ella?

—Naturalmente.

—En la hora de ahora os habrían arrestado á los dos.

—Eso le he dicho yo. Es un recurso de que no debemos echar mano hasta el último extremo.

—Y aun.

—Nadie puede decir de esta agua no beberé.

—¿Qué! ¿tú robarías á la duquesa?

—Lo haría todo por conservarla junto á mí.

—Espero que no llegaréis á tal punto.

—Y yo también; pero si es preciso, á la buena de Dios.

—Reflexiona...

—Ya he reflexionado. Hay males á los que uno no puede sustraerse sino para caer en otros mayores.

—En fin, ¿ha entrado en razón Anita?

—Sí; con todo estaba tan firmemente decidida, que ya se había provisto de un pasaporte en nombre de Fanny, reunido treinta mil pesetas, todos sus diamantes y qué sé yo cuántas cosas más.

—¿Te ves tú á ti mismo robando una mujer como la duquesa? ¿Qué hubiera dicho la gente? Que te impulsaba, no el amor, sino la especulación; que robabas, no una mujer amada, sino una mujer rica. ¡Qué acertadamente has obrado, amigo mío! repuse estrechando la mano á Jaime.

—Todo se lo he hecho ver, dijo Feuil, y esta es la única razón á que se ha rendido.

—¿Cuándo tienes que verla nuevamente?

—Esta noche; también habrá novedades.

—¿Y eso?

—Una de las cosas que traen más desasosegada á Anita es una carta que le ha escrito su cuñada.

—¿Si estará en autos?

—Así lo teme Anita.

—¿Qué dice la carta esa?

—Es toda mieles.

—Razón de más para desconfiar de ella; pero, en definitiva, ¿qué dice la cuñada?

—Que esta noche irá á ver á Anita para hablar con ella de asuntos graves; pero á solas, sin testigos, y que nada tema, ya que en ella tiene su mejor amiga.

—¿Cuánta ternura!

—Aquí hay gato encerrado; pero he instruído perfectamente á la duquesa, y no soltará prendas, tanto más cuanto tiene razones más que suficientes para no creer en la amistad de la baronesa, por más que ésta la trate con todo mimo de algún tiempo á esta parte. Querría encontrarme ya á mañana.

—Yo también; todo eso me trae desasosegado. Como quiera que sea, esta noche no te quedes en casa de la duquesa más que el tiempo estrictamente necesario para enterarte de lo que ha pasado. Evita toda imprudencia, pues puedes caer en un lazo. Piensa en tu madre.

—Nada temas. Ahora hazme el favor de llegarte á casa del príncipe, y si no le encuentras déjale dos rayas dándole de nuevo y en mi nombre las más encarecidas gracias; puede sernos útil. Yo me voy á ver á la señorita de Norcy.

—¿Qué demontre vas á hacer allí?

—Llevo un plan; durante estos últimos tiempos la he visitado con frecuencia, y me está agradecida por el interés que le he demostrado. Ítem más, es leal de corazón, y como al parecer me lleva una amistad sincera, puede servirme de mucho. Hay que preverlo todo, amigo mío.

Dejó á Jaime á la puerta de la de Norcy, y luego me encaminé á casa del príncipe; pero no bien hube andado algunos pasos, cuando aquél se me reunió otra vez, diciéndome:

—La señorita de Norcy está en el campo hace dos días.

Mejor; como no está más que á cuatro ó cinco leguas de aquí, me sobra tiempo para ir, hablar con ella y volver á la hora en que Anita me aguarda.

—¿Realmente reviste tanta importancia esta visita?

—Sí.

—Adelante, pues.

XVII

Encontré al príncipe en su casa, y le hablé sin ambages, atento á que era ya excusada con él toda reticencia desde el momento en que se portara tan caballerosamente en las circunstancias que el lector conoce. Tal era mi opinión, y tal la opinión de Jaime.

—¿Qué cuerdamente ha obrado el señor de Feuil al no llevarse á la duquesa! me dijo el príncipe. Esto habría producido un escándalo terrible, tanto más cuanto es fácil que pueda evitarse el peligro, si es que, con un hombre como el duque, el peligro existe.

Dichas estas palabras, el príncipe se entregó á la meditación.

—Si la duquesa fuese una mujer vulgar, prosiguió el de Rivá sonriéndose, yo me encargaría de sacarla del apuro.

—¿Cómo?

—Haciendo con el duque lo que en otro tiempo hicieron con Parabere en idénticas circunstancias: me lo llevaría á cenar y le emborracharía—lo que sería bastante fácil,—y al despertar al día siguiente en el dormitorio de su mujer, á vista y á presencia de todos, no tendría más remedio que aceptar las consecuencias.

—Bueno, pero la duquesa no es mujer que se preste á tal superchería.

—Demasiado lo sé. Peor, porque el único recurso de que podría echarse mano, aparte de este, es más que una superchería, es un crimen, y la duquesa se prestará todavía menos á él. Escuche usted, repuso el príncipe poco después y sonriéndose de nuevo, ¿me permite usted que le hable con toda sinceridad?

—Sí, señor.

—Pues hacen mal en alarmarse, porque todo concluirá á pedir de boca.